



BOLETIN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON.

SECRETARIA DE CAMARA.

Continúa la suscripcion de la Diócesis de Leon en favor del Romano Pontífice.

	Reales.	Céts.
<i>Suma anterior.</i>	116	610,55
El párroco de Villafruel.	40	
El de Villorquite.	40	
Lupercia Gonzalez, de Villafruel.	19	
D. Bernabé Casado, párroco de Vierdes y Pio.	60	
D. Bruno Carpintero, id. de Otero de Valdetuejar.	19	
D. Hermenegildo Rodriguez, vicario de Quintana Diez de la Vega.	20	
El Arcipreste de Villalon y demás eclesiásticos de su arciprestazgo que se expre-		

saron en el Boletín de 20 de Julio por su suscripcion correspondiente á dichos meses. 52

Total. 116 860 55

Leon 16 de Agosto de 1862.—Miguel Zorita Arias, Secretario.

SECRETARIA DE CÁMARA

DEL OBISPADO.

Habiendo sido nombrado visitador de la Renta del papel sellado en la provincia de Santander, Don Cayetano Delgado, ha dispuesto Su E. I. se publique para conocimiento de los Párrocos de esta Diócesis correspondientes á dicha provincia á fin de que le tengan y reconoz-

can como tal. Leon 18 de Agosto de 1862.—Miguel Zorita Arias, Secretario.

DIRECCION GENERAL
DE
CORREOS.

Seccion 3.ª—Negociado 11.—Circular.

Las frecuentes reclamaciones que se reciben por sustraccion de valores que se dice contener los pliegos certificados, y los resultados que han suministrado los expedientes que con presencia de ellas se han instruido, obligan á esta direccion á dictar providencias que al paso de dar al público las seguridades que tan importante servicio demanda, ponga á cubierto la responsabilidad de los empleados por unas faltas las mas veces injustificables, y que afectan en tanto grado al buen nombre del ramo.

Al efecto ha resuelto la direccion proveer á todas las principales, agregadas y estafetas de un sello especial para señalar en lacre con el lema de la administracion, y que se observe en lo sucesivo la siguiente

INSTRUCCION.

Art 1.º No se admitirán á certificar los pliegos que se presenten sin estar cerrados bajo sobre inde-

pendiente de la carta ó documentos que se incluyan, y bien sujetos sus dobleces con lacre: solo se recibirán con obleas los que procedan de pueblos donde no se encuentre dicho ingrediente, á juicio del administrador de correos.

Art. 2.º Tampoco se admitirá el pliego en que se observen señales de haber sido abierto y vuelto á cerrar con el mismo sobre.

Art. 3.º Toda carta ó pliego que se presente á certificar, será reconocido por el Administrador ó empleado encargado de este ramo, y encontrándolo conforme á lo dispuesto en el art. 1.º, procederá seguidamente á ponerle dos, cuatro ó seis pegaduras de lacre en los dobleces del sobre con el sello que al efecto se establece, de modo que el imponente quede satisfecho de la seguridad que se le ha dado á los documentos que incluya, y de la imposibilidad de sustraccion sin fractura manifiesta.

Art. 4.º Los que se presenten á certificar procedentes de las carterías, se sellarán en la administracion en el acto de recibirlos, sentándolos seguidamente en un libro especial, cuya anotacion firmará el conductor ó peaton que los entregue, con la expresion de *Lacrados y sellados á mi presencia.*

Art. 5.º El conductor al entregarse de los certificados cuidará de reconocerlos detenidamente firman-

do el asiento de la oficina, con la expresion de haberse hecho cargo de ellos bien cerrados y con los requisitos que se determinan en el art. anterior.

Art. 6.º El administrador que los reciba hará igual expresion al refrendar el vaya, ó bien las observaciones que crea convenientes para alejar toda responsabilidad en caso de haber advertido algun defecto en ellos.

Art. 7.º Por regla general, todo certificado será llevado á domicilio por los carteros del número y por los mayores en las capitales en que estos distribuyan.

Art. 8.º Además del libro de entradas y el del cartero mayor, se establecerán otros costeados de los fondos de la cartería, los cuales llevarán los repartidores con espacio suficiente de un renglon á otro para que los interesados firmen el asiento, á la vez que lo hacen en el sobre con la expresion de *recibí* sin fractura.

Art. 9.º Estos libros se archivarán en las respectivas administraciones cada cuatro meses para poder responder en todo tiempo á cualquiera reclamacion con referencia al asiento firmado.

Art. 10. Como la entrega de los certificados ha de verificarse precisamente en manos de los interesados, cuidarán los carteros repartidores de que sean abiertos á

su presencia con instrumento cor- tante por un costado del pliego, de modo que siempre queden intactos los cierros para poderse evidenciar en su caso el estado en que se encontraban en el acto de la entrega.

Art. 11. Al justificarse que un cartero deja algun certificado á la familia, dependiente ú otra persona que no sea el mismo interesado, será separado seguidamente del destino, sin perjuicio de los demás cargos que puedan resultarle: los administradores serán responsables del cumplimiento de esta disposicion.

Art. 12. Para la entrega de un certificado puesto en lista por no llevar señas ni conocerse al interesado, será condicion precisa que se identifique la persona con la cédula de vecindad ó pasaporte, cuidándose que sea abierto en la forma que se dispone en el art. 10, y que se firme tambien el asiento del libro.

Art. 13. Los que se dirijan á los cuerpos de ejército podrán entregarse á los carteros de los mismos, préviamente autorizados por sus respectivos jefes, quienes en sustitucion del libro que se establece para los de las administraciones, firmarán el asiento de la oficina con la expresion de hacerse cargo de ellos sin fractura, cuidando tambien que la apertura se haga conforme al art. 10, y que se firme el recibí con la misma declaracion.

Art. 14. La devolucion de los sobres por los carteros á las respectivas administraciones se verificará precisamente al dia siguiente de su llegada, y antes de recibir los que hayan entrado en el mismo.

Art. 15. Los que se dirijan á los pueblos en que no haya administracion, se formará cargo de ellos á los carteros distribuidores, quienes llevarán del mismo modo un libro para sentarlo y recoger su recibo, segun queda expresado en el art. 8.º, devolviendo los sobres seguidamente á las respectivas administraciones de que dependan.

Art. 16. Toda reclamacion en cualquier sentido que sea deberá hacerse en el acto de la recepcion, para que la administracion pueda apreciarla segun proceda, y adoptar la providencias que correspondan.

Art. 17. Si á los ocho dias de la entrada de un certificado no hubiere tenido despacho, se dará aviso directamente á la administracion remitente con espresion de la causa, para que pueda satisfacer al que lo impuso.

Art. 18. Los sobres de certificados quedarán archivados en las administraciones, cuidándose de conservarlos con la regularidad y órden precisos de numeracion para satisfacer prontamente cualquiera reclamacion de los interesados, en cuyo único caso se devolverán á su

procedencia por el mismo órden que fueron dirigidos.

Art. 19. Los sobres serán quemados á los seis meses de su entrada en las respectivas administraciones, es decir, en fin de Junio los que llegaron en Enero, en Julio los de Febrero, y asi sucesivamente, quedando siempre archivados los de cinco meses anteriores para devolver los que sean reclamados.

Art. 20. En los seguros que se entregan á los imponentes se variará parte de su redaccion, poniéndose: *Que se le dá este resguardo para que por él pueda reclamar su devolucion sino hubiese tenido despacho, ó la del sobre si le conviniere.*

Lo que comunico á V. para su inteligencia y que seguidamente disponga su mas puntual cumplimiento, previniendo á las subalternas de ese departamento que, interin remite la direccion los correspondientes sellos que se establecen, pueden hacer uso de cualquiera otra que tengan ó puedan adquirirse, dando V. oportuno aviso del recibo de esta circular y haberla transmitido á las dependencias de esa principal, á cuyo efecto acompaña suficiente número de ejemplares.

Dios guarde á V. muchos años.
 =Madrid 23 de Mayo de 1862.=
 Mauricio Lopez Robets.—Sr. administrador principal de correos.
 de.....

DISCURSO

PRONUNCIADO EN ROMA POR MONSEÑOR
DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS, EN
FAVOR DE LAS IGLESIAS DE ORIEN-
TE, EL DIA 3 DE JUNIO DE 1862.

(Continuacion.)

¡Santa gerarquía de la Iglesia Católica, institucion cuya sencillez y fuerza son verdaderamente divinas! En su profundo seno, lejos de los alcances de todo poder humano, la Iglesia de Jesucristo posee dos principios de fecunda é inmortal vitalidad, dos fuerzas invencibles de expansion y concentracion. De esta bella gerarquía pudiera decirse lo mismo que de uno de esos ejércitos celestes, de esos grandes sistemas planetarios diseminados en la vasta estension de los espacios: cada astro tiene sus leyes, sus movimientos sus armonías y sin embargo, ninguno de ellos es independiente y aislado en en el espacio; sino que forma parte de un sistema, gravita al rededor de un sol resplandeciente, principio de todos los movimientos y centro de la luz; pues bien, lo propio sucede en la Iglesia Católica. En el firmamento del mundo espiritual distribuye, como otros tantos focos de luz y de vida, sus obispos con sus presbíteros: *Vos estis lux mundi* (1), dice Nuestro Salvador; como otros tantos astros, *Stellas*, dice San Juan evangelista. Pero estos astros del cielo de la Iglesia, como los astros del cielo del mundo, tienen tambien su centro luminoso, que los atrae, y al rededor del cual siguen un movimiento fijo que mutuamente se armoniza. Ese centro de la Iglesia; ese sol del mundo de las almas, es el Pontificado. Ved aqui la gerarquía y la magnífica uni-

(1) Mat 5, 14.

dad de la Iglesia; y si se infringiese esta ley, si se rompiese esta unidad, ¿qué quedaría en el mundo de las almas? Astros errantes en el espacio, *Sidera errantia*, que se confundirian en sus órbitas, que chocarian y se perderian en las tinieblas (1.)

Pero, gracias sean dadas á Dios; muy distinto es por cierto el espectáculo que el mundo contempla hoy en estos obispos de todo el mundo, pacíficamente reunidos al rededor de la Cátedra Apostólica; y vez aquí lo que forma vuestra belleza, y vuestra fuerza, oh Santa Iglesia de Jesucristo; cuando llevando á Pedro al frente, marchais como el ejército de que nos habla la Sagrada Escritura, *Ut castrorum acies ordinata* (2), presentando por todas partes una linea invencible, estrechando á vuestros enemigos con toda la fuerza de vuestros agrupados batallones, moviendolos desde el Cielo Jesucristo, vuestra cabeza invisible, haciéndolos maniobrar en masa, y reuniendo acá en la tierra, bajo la direccion de Pedro, todas vuestras fuerzas en una sola accion. (3)

Ved aqui pues, señores, quiénes somos, de dónde hemos venido y cómo hemos venido. Veamos ahora en dónde estamos.

Estamos aqui, en la Ciudad Santa, en la Ciudad Eterna, en Roma, querida y comun patria de todos los corazones cristianos. Y ¿quién no lo dice, quién no lo siente, quién no lo reconoce en la emocion de los corazones, en el balbucear de los labios? Todos nos hallamos aqui contentos, felices y satisfechos como en nuestra patria, en nuestra casa, en el seno de nuestra familia.

(1) Judæ, 13.

(2) Cant. 6, 2.

(3) Bossuet, Sermon sobre la unidad de la Iglesia.

Aquí nos hallamos entre todos los recuerdos célebres, entre las cosas mas grandes, y dominados por los mas elevados pensamientos; nos hallamos entre las tumbas de los héroes y los sepulcros de los mártires; en un territorio predestinado donde las ruinas son gloriosas donde hasta el polvo es santo.

Y ¿en qué ocasion nos hallamos aquí? Preciso es decirlo; á la hora del peligro, pero sin experimentar temor alguno. Estamos aquí, ¡singular coincidencia que nadie dejará de notar! como los Apóstoles en el Cénaculo, entre el dia de la Ascension y el de Pentecostés, orando, esperando y sin temer nada.

Bien lo sé; los hay que temen por nosotros y que se toman por nosotros vivo interés: los hay en fin que haciendo burla de nuestro viaje, han dicho quizá: ¿A donde vais? Vuestro Dios ya no está allí. Ha desaparecido. *Ubi est Deus eorum?* (1)

Así se burlaban los judíos, seguros como estaban de haber sellado el sepulcro de Jesucristo, cuando los discípulos se encerraron con Pedro y María en el Cenáculo. Y el dia mismo en que se entregaban á esas burlas blasfemas, por la mañana se conmovieron súbitamente los cielos, dejóse oír un ruido desconocido; era que el espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad, el Espíritu del Amor y de la Fuerza, bajó á los corazones por medio de llamas de fuego, y manifestó su presencia con un ruido que todavía tiene eco en el mundo; y si todo cedió al irresistible imperio de la palabra apostólica, si la ley de caridad y de gracia se estableció en el mundo, si yo os estoy hablando, si vosotros os hallais en este sitio diez y ocho siglos despues de aquellos sucesos, y si en vuestros corazones sentís un sagrado fuego, todo

se debe á la virtud de aquel dia inmortal.

Vosotros que creis que la Iglesia está decayendo, miradla de cerca, y reconoced en sus miradas la llama de la vida y en su frente la juventud eterna; y decidnos si todo esto está ó nó en pié; está vivo é inmortal por la virtud divina, y siempre invencible de Aquel que bajó sobre los Apóstoles en la mañana misma del dia en que mil voces gritaban al rededor de vuestros padres, *Ubi est Deus eorum?* ¿En donde está su Dios?

Pues bien; vez aquí lo que hemos hecho. Animados de esta confianza hemos venido aquí para este gran aniversario que será solemnizado este año con la canonizacion de nuestros mártires; recuerdo glorioso que nos hace memoria de que la virtud de la fiesta de Pentecostés alcanza hasta nosotros; de que el cruel Japon y todos los tiranos pueden herir y matar; de que los Apóstoles del Evangelio tienen en sus venas una sangre que no desea sino ser vertida por amor de Jesucristo, y de que la Iglesia no puede desalentarse en la gran misión que le impuso su divino Fundador, de ser perpétuamente en este mundo el testimonio y el representante de la verdad y de la justicia.

A veces, en estos momentos, no diré de desaliento y de desesperacion, sino de tristeza y turbacion que en los dias tempestuosos se apoderan hasta de las almas mas fuertes, á la vista del aparente alejamiento de Dios, se dice: ¡Oh! ¿Como pone Dios á prueba su Iglesia? Mas yo, al contrario, me siento inclinado á decir: ¡Oh! ¿cómo la consuela! ¿cómo la sostiene! ¿cómo la glorifica! ¿cómo se complace por no sé qué divinos arcanos de su Providencia, en hacer que durante la peregrinacion de la Iglesia en este mundo se sucedan para ella á las pruebas pasajeras, inespera-

(1) Psalm. 113, 17.

dos auxilios y triunfos! Las pruebas son una de esas nieblas de la mañana que á veces se levantan y arredran al tímido viajero. Pero el que tiene animoso corazón y sigue su camino, ve desvanecerse en breve el vapor húmedo y frío, y aparecer el sol brillante en los espacios serenos. Cristianos, cristianos de escasa fé, ¿qué teméis? *Quid timidi estis?* (1). Dios está detrás de las nubes; esperad un poco, y se os aparecerá y le volveréis á ver en su fuerza y en su gloria.

Por mi parte, cuando os estoy mirando, y os cuento y oigo el grito de vuestras almas, no puedo menos de exclamar: Hay en todo esto no sé qué secreta y poderosa acción de Jesucristo, es como una aurora, y un anticipado perfume de la victoria. Sí, esto es el anuncio del día del triunfo, si ya no es el triunfo mismo. Esta es la vispera de una de esas victorias que cantaba San Pablo cuando decía: «La victoria que triunfa del mundo, es nuestra fé.» *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra* (2).

Y á la verdad; sinceramente pregunto á los que no tienen la dicha de participar de nuestras creencias y de nuestras esperanzas: ¿Hay en este mundo una ciudad, un pueblo, un rey, un poder soberano, sea cual fuere, que por un simple deseo del corazón, manifestado en los términos mas particulares, mas reservados, y más delicados, haya visto súbitamente conmoverse todo el mundo, y acudir de todos los puntos de su imperio los representantes de todos los pueblos á rendirle á sus plantas el homenaje de su adhesión y de su amor? No; no infiero injuria á ninguna de las potencias de la tierra al decir que no

hay una siquiera que pueda de este modo conmover al mundo entero. Lo repito: en esto se descubre un brillante testimonio de la presencia de Dios en la Iglesia, y, para el día que la Providencia en sus designios sabe, un presagio seguro de la victoria.

Y cuando no tuviésemos estos elevados pensamientos para robustecer nuestras almas, el suelo que pisamos basta para infundirnos el mismo aliento.

Al hallarme, en Roma, lo confieso; me complazco en investigar nuestros orígenes, en bajar á las entrañas de la tierra, en visitar esas inmortales catacumbas, santificadas por nuestros mártires, en renovar allí los recuerdos y ver una vez mas los sagrados huesos de los que murieron por Jesucristo. Y entre esas divinas profundidades en que me complazco en penetrar, hay una en la que me complazco con preferencia á las demás, y cuyo interesante horror y gloriosa pobreza habeis quizá notado, como yo. Me refiero á las cárceles Mamertinas. Sí; cuando quiero robustecer mi propio valor, voy allá: bajo hasta lo más profundo, y procurando apartar de mí los recuerdos profanos, Yugurtha, los cómplices de Catilina y los demás que aquel sitio trae á la memoria, allí pienso en Pedro y Pablo..... ¿Qué debió pasar en el alma de estos dos grandes Apóstoles, sujetos con cadenas, ambos á dos, solos, en aquel hediondo calabozo? Allí no penetraba un átomo de luz, no se abría paso un rayo de sol, y hasta faltaban allí, las condiciones de vida.. Mas adelante se les sacó de aquel lugar infecto, y en silencio van á donde se les conduce, el uno á los jardines de Neron, el otro hácia otra vía... Donde por ser ciudadano romano se le decapita... Al primero le cupo el honor sin igual, con justicia reservado al príncipe de los

(1) Math., 8, 26.

(2) Ep. Joan. V, I, 4.

Apóstoles, de ser crucificado como su Maestro, pero cabeza abajo...

Vivamente impresionado con este recuerdo salgo de aquella oscuridad, vuelvo á la luz y me encuentro con el Capitolio. Allí veo todavía esa peña inmóvil que cantó el poeta: *Capitoli inmovile saxum*; pero en vez de Júpiter Capitolino, estatua que vieron allá Pedro y Pablo, yo veo la cruz del Redentor del mundo. La cruz triunfa, la cruz impera, allí está rodeada de gloria; Pedro y Pablo han muerto..... sigo andando por esa Roma que á pesar del tropel de gente, mi pensamiento halla desierta, y encuentro á esos dos hombres, Pedro y Pablo, el uno encima de la columna Trajana, teniendo en la mano las llaves del reino de los cielos, el otro encima de la columna Antonina empuñando la espada, símbolo de la palabra con que venció al mundo... y sin embargo, Pedro y Pablo han muerto... Sigo mi escursion, entro en los jardines de Neron, donde este miserable se servia de los primeros cristianos como de antorchas vivientes para iluminar sus diversiones nocturnas: *in nocturni luminis usum* (Tácito); y allí mismo, en el obelisco de granito que se levanta todavía en medio de la anchurosa plaza, leo lo siguiente: *Christus vincit, Christus regnat Christus imperat...* y Pedro y Pablo han muerto... Sigo todavía paso entre templos, en medio de sagradas imágenes, cruzo pórticos y entro en esa Basílica que es la maravilla del mundo, entro en ese foco de luz, de esplendor entro en esa inmensidad, en esa radiante concentracion de todas las glorias, desde el Padre Celestial que resplandece en la bóveda en medio de los serafines y de los ángeles, hasta ese glorioso sepulcro; y entre las grandes figuras de los profetas y evangelistas, y doctores

de la Iglesia, y fundadores de órdenes religiosas, y de todos los que han dejado de sí propios alguna obra por recuerdo en este mundo, leo grabadas en caracteres de oro estas palabras inmortales: *TU ES PETRUS, ET SUPER HANC PETRAM ÆDIFICABO ECCLESIAM MEAM, ET PORTÆ, INFERI NON PRÆVALEBUNT ADVERSUS EAM.* Tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella (1).

Y á la verdad, cuando me hallo entre esos grandes contrastes, cuando me siento embargado por la admiracion en presencia de esos monumentos y triunfos, cuando me digo á mí propio: «Hay hombres que quieren trasladar ahí su vivienda, que quiere establecerse ahí de asiento... ahí, en medio de esos esplendores y de esas grandezas.» ¡Ah!... no puede ser... la invencible naturaleza de las cosas se opondrá á ello perennemente. La historia no vuelve á hacerse; el género humano tampoco vuelve á hacerse... En tal caso seria preciso arrasar por completo la ciudad de Roma, y levantar otra nueva Roma que correspondiese á vuestra talla...

Permaneced, pues, en vuestro sitio, y para honra de Italia y del mundo dejad en el suyo al Vicario inmortal de Jesucristo.

Es cierto, pues, y conviene decirlo: desde tan remotos puntos hemos llegado providencialmente á la magnificencia, al esplendor, á ese legítimo brillo de la púrpura romana; pero tenedlo entendido, no damos al olvido nuestro origen y sean cuales fueran las apariencias, no creais que tenemos apego á esa púrpura; bajo esa púrpura se ocultan profundas virtudes y la ilustracion que en diez y ocho siglos no han degenera-

(1) Mat. 16, 18.

do en el corazón de los Pontífices; por esto repetimos con San Pablo, y nadie lo repite con mas intensidad que Aquel que en vuestro amor generoso, queridos hermanos, tiene al presente su mejor tesoro: sí, nuestro venerado Pontífice en medio de su pobreza sublime, repite y nosotros repetimos con él y el Apóstol: *Scio et abundare scio et humiliari* (1) sé vivir en la abundancia y sé vivir también en la humillación y en la escasez; y puesto que á tales tiempos hemos llegado, el pan que me dan mis hijos lo agradece mi corazón.

Cuando plazca á Dios de volver la paz y la gloria á su Iglesia, la Iglesia, señores, sabrá alegrarse de ello, no por sí propia, sino por vosotros. Por lo que toca á sí propia, no se olvida jamás ni de Belén, ni del Calvario, ni de la cárcel Mamertina, ni de las Catacumbas; dispuesta á bajar allí de nuevo, si Dios lo dispusiera de esta suerte, y segura de salir de allí algun día con ese sagrado fuego de la virtud cristiana sin el cual el mundo entero volveria á las tinieblas, á la noche eterna que, como ha cantado vuestro gran poeta, amenaza siempre á los siglos impíos:

Impiaque aeternam timuerunt saecula noctem.

Y ved aquí, señores, que me sorprende una idea y se me ocurre una comparación.

A la sazón en que me estais oyendo, hay en el mundo dos ciudades en que se hablan todas las lenguas y en que se han dado cita todos los pueblos por medio de sus distintos representantes: Londres y Roma. Londres á donde han ido para la gran esposición de las maravillas de la industria humana todos los capitalistas y sabios de la tierra: Roma

(1). Philipp. IV 12.

á donde han venido, para colocarse al rededor del Padre comun de los fieles los obispos de todas las partes del mundo cristiano.

Yo supongo, hipótesis felizmente imposible, que por una terrible desgracia desapareciese en un inmenso y súbito cataclismo todo lo que hay en Londres: seria ciertamente una catástrofe digna de que la deplorásemos vivamente, pero al fin y al cabo seria una calamidad reparable, porque cosas iguales se han visto ya en el mundo. Digalo esta Roma en que nos hallamos, y en que el antiguo mundo habia hecho, digámoslo así, una esposición perpétua de su industria, de sus artes, de sus riquezas; pero un día Dios envió la tempestad, y desaparecieron todas las maravillas de ese antiguo mundo; y precisamente los Papas á quienes los salvajes del siglo diez y nueve llaman bárbaros, son los que han ido á buscar entre las ruinas los restos del antiguo mundo. De las ruinas del palacio de Neron han sacado el Apolo, ese falso dios, aunque bellissimo mármol, y lo han colocado en su propio palacio, ellos han reunido á su alrededor los Rafael, los Miguel-Angel, los Bramante; ellos tienen todavia los Overbeck y los Tenerani; pero los siglos enteros empleados en hacer esfuerzos por resucitar las artes del mundo antiguo, no han podido aventajarlos. Si tan orgullosos estais de lo que llamais vuestros descubrimientos, señores, abrid desde lejos vuestros oídos al rumor extraordinario de esa destrucción inmensa, recorred con las miradas de vuestro consternado espíritu ese mundo antiguo, poderoso, ingenioso, culto, brillante, y vedlo completamente destruido olvidado, desaparecido, á consecuencia de un espantoso derrumbamiento. Pero ¿que ha hecho la humanidad? Ha empezado de nuevo, y despues de diez



y nueve siglos, la vemos que espone nuevamente sus artes, sus estatuas, sus obras, su industria.

¡Ah! Ni vosotros, señores, ni yo tampoco, quisiéramos maldecir la industria moderna: es hija del trabajo, y el trabajo es digno de respeto; en él halla el hombre su nobleza en su propio castigo. ¿Quién ha hecho las maravillas de la industria moderna? ¿el trabajo libre del operario inteligente y honrado! ¿Y quién ha hecho libre el trabajo? ¿quién ha hecho honrado, al operario? El cristianismo. Sin el cristianismo, ¿sería la industria? Retraíla del cristianismo, ¿en qué se convertiría? La industria, sin quererlo, se humilla como siervo dócil y coopera á los designios de Dios. La industria nos ha conducido aquí, y yo doy gracias á esos ingeniosos medios que aceleran en este mundo los viajes de los enviados del Evangelio... Solo á esos hombres que están reunidos lejos de nosotros, á través de la distancia, en medio del esplendor, del deslumbramiento, de la riqueza y de los triunfos, les doy el grito de: Pensad en Dios.

Pero fijemos la vista en Roma.

En Roma se piensa en Dios. Nada de riquezas, nada de deslumbramiento; no hay más que un pobre sacerdote rodeado de pobres sacerdotes; no hay más que la debilidad aparente, temores, despidos, oraciones, trescientos ancianos reunidos al rededor de otro anciano, que es su padre, y que puede decirles, como el príncipe de los Apóstoles: *Seniores obsecro, consenior ego, et testis Christi dationum* (1): «Ancianos de la Asamblea santa, yo os conjuro, anciano como vosotros, testigo y heredero de los padecimientos de Jesucristo.»

(1) I Pet. I.

Pues bien; suponed por un momento que esos trescientos ancianos desapareciesen de la tierra. En vez de suprimir los diez mil capitalistas que hay en Londres y lo que ellos pueden, los diez mil sábios y lo que ellos saben, suprimid los trescientos ancianos que hay aquí, y lo que representan, la fé, la virtud, Jesucristo, los Santos, la Eucaristía, el Evangelio, la Cruz. Si; suponed por un momento que hay todas estas cosas de menos en el mundo. ¿Cómo las recobrará el mundo? ¿Bajo que ruinas irá á descubrirlas? ¡Ah! Nosotros no somos capitalistas especuladores, industriales; no hemos sido enviados á los hombres para hacer máquinas, sino que se nos ha puesto en el mundo para salvar las almas, y las almas necesitan de nosotros; y sin nosotros las almas morirían en medio de las riquezas y si vosotros nos rechazais, tened entendido que atentais contra las almas... y si quisiéreis cometer la accion todavía mas loca que sacrilega de poner las manos sobre la piedra fundamental que nos sostiene, esforzándoos por conmoverla para conmover con ella todo el edificio; ¡ah! temed vuestro triunfo; permaneceríais sepultados bajo las ruinas que vosotros hubiérais causado.

Pero basta ya lo dicho para demostrar lo que somos y lo que representamos, y para esponer la razon de nuestra concurrencia extraordinaria en este sitio, al rededor de la cátedra del Padre de los fieles y del Pastor de los Pastores. Veamos ahora en especial lo que es la Iglesia de Oriente, y lo que en estas solemnes circunstancias nos pide á nosotros y os pide á vosotros.

II.

Pues bien, queridos hermanos; gocémonos ahora pensando en el amor, en la caridad evangélica, y en la inclinacion

de nuestros corazones á socorrer y consolar esa Iglesia de Oriente, nuestra hermana, y casi diría madre nuestra por su antigüedad, por su origen y por habernos dispensado los primeros beneficios.

Todos sabeis, señores, la escitacion que os han dirigido los obispos de Oriente, que se hallan en Roma, los obispos de Siria, Constantinopla, Esmirna y Grecia. Os han espuesto las necesidades de sus Iglesias, y os han escitado para que secundeis sus esfuerzos, para que florezcan las cristiandades fieles y para conducir los cismáticos á la unidad.

Conoceis tambien las admirables Letras en que nuestro venerado Pontífice nos exhorta á todos á volver nuestra vista hácia el Oriente, da aliento á esas Iglesias afligidas y con toda la ternura de su alma apostólica llama hácia la unidad á las comuniones separadas.

Vosotros sabeis, en fin, ó á lo menos conviene que sepais lo que debeis y lo que debemos todos al Oriente, lo que el Oriente ha sido para vosotros y lo que vosotros pudiérais ser para él..... ¡Oh! Dios mio! Nosotros olvidamos por demas todo esto; lo olvidamos como se olvidan beneficios antiguos; y sin embargo conviene acordarse de ello...

¡Ah! ¡Cuán bellos fueron los piés de esos hombres que de los montes del Oriente, de las sagradas cumbres del Sinai, del Carmelo, del Tabor y del Calvario vinieron á traernos junto con el Evangelio la paz y todos los bienes! *Quam pulchri super montes pedes evangelizantium pacem!* (1)

¡Qué dia puede en la historia del mundo compararse á aquel en que en el fondo del Oriente, á orillas de ese mar célebre y encantado que nos ha condu-

cido á todos á este sitio, unos lábios divinos dirigieron á doce pobres orientales estas inmortales palabras: *Ite docete omnes gentes!* (1). Y la palabra de Dios, segun espresion del Apóstol, empezó á recorrer la tierra, *currit sermo Dei* (2) llevando á todas partes la luz y la vida, siendo mas poderosa esta palabra que la pronunciada en el comienzo del tiempo, cuando Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fué hecha... ¡Oh! ¡Cuán bello ha de ser el espectáculo que el Oriente ofrezca cuando vuelvan hácia él los divinos rayos que de allí se apartaron, cuando el sol de la fé, descendiendo glorioso del Occidente, dirigirá de nuevo sus supremos y mas brillantes rayos á las cimas del Sinai, del Calvario, del Ararat y todos los montes sagrados del Universo, iluminando desde allí todas las playas, todos los desiertos, todas las riberas del Africa, del Asia y las islas desconocidas.

Oriente, Oriente, cuna de todas las grandes cosas de la humanidad; cuna de las razas; cuna de las lenguas é idiomas; cuna de las antiguas tradiciones y de la sagrada fé de los pueblos.

Misterioso y fatídico Oriente, donde la sabiduría divina pronunció sus oráculos, donde la sabiduría humana iba á buscar los recuerdos antiguos, las primitivas creencias, y esa ciencia encaneada por el tiempo, de que hablaba el sacerdote egipcio al filósofo de la Grecia.

Oriente, antiguo foco de toda civilizacion, de toda ilustracion sagrada y profana.

Oriente, centro en que por espacio de cuatrocientos años radicaron todos los hechos divinos y humanos. Sí; por

(1) Is. LII, 7.

(1) Mat. 28, 19.

(2) Thes. 3. 2.

espacio de cuarenta siglos la humanidad dirigió hacia el Oriente todas sus miradas, todas sus esperanzas, todos sus suspiros.

(Se continuará.)

COLECCION

de Clásicos Cristiano-Latinos conforme al Plan de Estudios de Seminarios, con ligeras interpretaciones y notas para uso de los alumnos de latinidad por una Sociedad.

Única obra de texto para las cátedras de latinidad del Obispado de Leon.

Tres tomos en rústica, á 14 rs. cada uno. Se hallan de venta en la librería de Manuel Gonzalez Redondo, plazuela de la Catedral.

Circular de nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado ordenando que desde luego se adopte por libro de texto en todas las escuelas de latinidad establecidas en la Diócesis é incorporadas al Seminario Conciliar, inserta en el Boletín del Clero, núm. 165.

«OBISPADO DE LEON.—En nuestra ardorosa solicitud por la mejor educación religiosa y literaria de la juventud que se prepara para ejercer el ministerio Sacerdotal, deseábamos hace tiempo que se proscribiesen del estudio de latinidad los Autores clásicos paganos y fuesen reemplazados con ventajas en la parte mas esencial de la educación por Autores clásicos Cristianos. Las primeras impresiones en un corazón joven se borran con dificultad; los hombres,

las máximas y las instituciones de los autores paganos causan impresiones funestas, que á su tiempo producen frutos amargos. Los que se dedican al servicio de la Iglesia deben hablar la lengua de la Iglesia, y estudiar las máximas é instituciones de la Iglesia. Una colección selecta de autores clásicos Cristianos es la que enseña á hablar llanamente la lengua de la Iglesia, sin ceder en nada de correcto, bello y sublime á la enseñanza de los paganos, y excediendo infinitamente en pureza de doctrina y solidez de máximas morales y religiosas. Con nuestra explícita aprobación se ha formado esta Colección deseada por personas competentes, y en ella figuran los Santos Gerónimo, Ambrosio, y Leon el grande. Lactancio y Prudencio, autores todos, que á la pureza en el lenguaje y á la cultura en las formas reúnen la sublimidad de la doctrina Católica, que es lo mas importante. Publicado ya el primer tomo de esta preciosa Colección, es nuestra voluntad que desde luego se adopte por libro de texto en todas las escuelas de latinidad establecidas en la Diócesis, é incorporadas al Seminario Conciliar para la enseñanza de las materias de primero y segundo año, y que se haga lo mismo tan luego como se publiquen los dos tomos restantes, encargando como encargamos á los Arciprestes y curas párrocos, en cuyos pueblos se hallen establecidas dichas escuelas, que lo hagan saber á sus Maestros y Preceptores, y que cuiden por todos los medios que se cumpla y observe puntualmente esta nuestra disposición. Dada en Leon á 17 de Diciembre de 1857.—Joaquin, Obispo de Leon.»

Imp y lit. de Manuel G. Redondo, plazuela de la Catedral núm. 1—1862.